CRONICA DEL JALON

A don Jaime Oliver Asín.

Me ha inquietado siempre que se anuncie al viajero en las carreteras el nombre del río sobre el que va a pasar. O del arroyo. Un pueblo, una ciudad, es lógico que se nombren. Un monte, un valle, un río, menos. Pero la sorpresa es mayor si el letrero dice, por ejemplo: Nacimiento del Jalón. El río ha sido humanizado un poco más y piensa uno en la fuerza viva, hasta en el Ministerio de Obras Públicas, de la antigua y tópica metáfora: "Nuestras vidas son los ríos..."

Junto al nacimiento del Jalón, he tomado el fresco una tarde este verano. El Jalón baña a Soria los pies o refresca el aire a Guadalajara con botijero chorrillo. Nace en Esteras de Medinaceli, en Sierra Ministra, cerca de Benamira. Hay álamos grandes a su derecha que le dan sombra y, a su izquierda, algo apartada, una hilera de chopos. Huele a poleo, pariente del mastranzo, de la menta, de olor menos penetrante, más fino. Puse una rama en mi mesa: mesa de una Hostería, desierta aquella tarde, por fortuna. Tenía la rama panochas pequeñas de florecillas azul romero y sus hojas, de un verde antiguo, desvaído y lujoso, mate, parecían llenas de polvo. Olía muy bien. A mujer sencilla, limpia, perfumada de siempre, pero sin perfume.

¿Sabe el río que su nombre está escrito? Esta es la pregunta que me inquietaba. Lo sepa o no, su vida se vuelve heroica, grotesca o las dos cosas. Difícil. Y trágica. Pero el río no puede saberlo, no es consciente de su papel transcendido, no sabe qué puede ser o no ser el río Jalón. ¿Le vamos a pedir peras al olmo, letras al río, milagros al hombre? Hay un mundo ignorado por nosotros que apunta nuestro nombre misteriosamente. Quizá nuestro camino también y nuestra muerte. Su nombre estaba allí, al lado suyo, clavado en un ámbito inalcanzable e incomprensible, en la tierra, porque no estaba escrito para él. Si no, lo habrían puesto en el agua. ¡Mi pobre río Jalón! ¡Qué raro, qué triste, qué hermoso estar escrito!

A pocos metros—diez, quince—de nacer, tiene el Jalón un puente por el que pasa la carretera, por el que pasa algo arriba. Para los ríos hay cosas desconocidas sobre los puentes; para los hombres, sobre las nubes. Ríos y hombres las entrevén o no las ven. Hay que suponer que el Jalón mire arriba de cuando en cuando; a menudo, quizá. El puente, ¿qué será para él? Para nosotros, el sitio—tal vez uno de ellos—desde el

que se puede leer su nombre. El Jalón pasa rezando debajo. ¿Reza porque sabe o porque no sabe?

El río es superior al hombre en esto: pueden verse, el mismo día, su nacimiento y su muerte. A un tiempo, una persona—como yo aquella tarde—puede verle nacer y, otra, verle morir. Y, hasta su fin, podemos seguir las aguas que ahora mismo han nacido—sólo ésas—paso a paso. El hombre es un borbotón de agua que se transforma y muere. El río, no. Hay tantos ríos Jalón como latidos dé el manantial. Podría también pensarse, olvidando la corriente, o sea, olvidando el río, que el agua conserva las caras de su vida intactas. Y que el hombre—un sólo latido del manantial—va transformándose continuamente, borrando el pasado, con cauce delante aún seco. Nacimiento y muerte menores: el agua nace a un guijarro, que ya no está; el hombre nace a un minuto, que ya se ha ido.

Hemos conocido a un hombre que tiene veinte, treinta, cuarenta años. Hemos conocido un río—el Jalón—que en Ariza cumple los veinte, en Alhama de Aragón los treinta y los cuarenta en Calatayud, hombreado por el Jiloca.

¿Qué es el Ebro para nuestro río? ¿Muerte, bodas, vocación, discípulo, maestro, madurez, bienestar...? ¿O renuncia del mundo, clausura, ensayo de la muerte?

'Y el mar, por fin, trágico y exultante, Fin y Principio, incomprensible creador gigante, ordenado, incansable; transformando, vitalizándolo todo. Devolviendo los ríos a la tierra.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...

¿Será el mar el morir *para ellos, los ríos—para nosotros—, o será sólo, más esperanzador,* dar la vida?